

“EL ENGAÑOSO LAÚD”, de *Armando Uribe Arce*. Ediciones del Joven Laurel. Santiago, 1956

El poeta ha pulsado las cuerdas de su engañoso laúd. Es necesario escuchar sus trinos, comprender los ritmos claros, la total música insinuada. Tal vez, siguiendo la línea melódica nos sea dado el prodigio de captar la esencia de una obra poética en la que abundan las insinuaciones, las ideas encubiertas, los temas solamente esbozados. Diríase que es una música que baja del canto.

Hay una viñeta, una luz de invierno, un rocío y en su trasfondo una cara femenina, un volver a mirarla con los ojos cerrados. He ahí que ya tenemos la inicial andadura de estos poemas. El poeta llegará a decir: “Tu voz, amor, me importa más que todos los versos”.

Habrán también la nota erótica, entre un paramento de suavidades. Tal es el signo de los amores adolescentes. Pero la nota de equilibrio, la máxima delicadeza queda insinuada en la meditación frente a las hojas que caen de los árboles: “Si a ti, mi amor, te parece bien te dedicaré esta hoja de boj que cae”.

La angustia del morir, se trenza en algunas estrofas. El poeta vive la desesperación con equilibrio. Sus poemas se proyectan hacia la posibilidad de una sencilla meditación filosófica. El verso se hace concreto, las fugas líricas se recortan en límites de finura estética. Porque el hombre, aunque ha de morir, necesita morir de una muerte propia, personal, intransferible. A veces, se escuchan las resonancias de aquel lírico que se llamara Rainer María Rilke.

Sin duda, en la vida nada es demasiado cierto. El poeta así lo reconoce con humildad. Y asegura que ve ángeles, caballos de ceniza, alimentos que se deshacen al imperio del tiempo. Sin embargo, no se ve a sí mismo, porque sueña en los demás, porque se evita. Armando Uribe ha creado en este breve poema una de sus más bellas insinuaciones. Comprendiendo la imposibilidad de ver poéticamente el mundo que lo rodea y envuelve, exclama:

*Angel que me haces ángel
ven a verme
a ver si me ves,
a ver si mis ojos se ven en el aire.*

Quizás en esta estrofa radica una de las grandes inquietudes de tipo existencial. El hombre no sabe inventar historias extraordinarias. Está acostumbrado a ver su mundo reflejado en los ojos de los demás. Y he ahí que el poeta quisiera verse, invoca la gracia de los ángeles, pues sólo de esa forma le será dado el milagro de verse en el aire, libre de asideros concretos, de circunstancias que condicionan la vida de los hombres. Tal vez de una manera impensada, su poesía irrumpe en las áreas de la poesía metafísica. Y ello puede ser así, porque los seres humanos se hacen filósofos cuando empiezan a preguntarse por las realidades.

El poeta enfile su inspiración, la dirige hacia otras zonas, se balancea en las frondas del humorismo. Y lo dispara en las composiciones tituladas: "Tengo el placer...", "¿Cómo me llamo?" y "El imbécil cierra los ojos". ¿Acaso es un humorismo desilusionado? Estimo que, más bien, estos breves poemas son como una fuga hacia otros dominios que no son los del amor. La técnica, el proceso creador de estas obras hace pensar en la existencia de largos lapsos temporales entre las composiciones con que se inician los acordes de este *Engañoso Laúd* y los títulos que he subrayado, como matizaciones del poetizar humorístico.

¿Desengaños de amor? ¿Moralidad a ultranza? He ahí un doble problema sugerido por la lectura del poema: "Don Quijote fue arañado por un gato".

*Don Quijote fue arañado por un gato
a quien creyó doncella fogosa y enamorada;
el gato se le colgó de las narices;
Don Quijote gritó: ¡Doncella, doncella!*

El poeta completa su pensamiento. Y agrega que si los gatos entonan la cantilena sollozante del deseo, cierra los oídos al engañoso laúd, cuida sus narices, inocentes de toda lujuria y defiende el pudor de los gatos.

Hay en este bello libro un ángel de las sastrerías, un encuentro en un jardín con sus grandes extensiones de parque vivo, la visión de un morir deseado, un no poder y un no querer hacer nada.

Armando Uribe ordena el último poema de su obra. Para ello va a subirse a una montaña, en donde serpentea un río inexistente. Un pez sorprendido en su refugio entonará el ditirambo, pronunciará frases que nadie entiende, que todos quieren no escuchar. Y así habrá de cerrarse este *Engañoso laúd*.

Se termina su lectura. En el alma queda un no sé qué de angustia, algo así como el esbozo de una sonrisa de suma complacencia.

¿Acaso hemos leído un laúd engañoso?

Creo que Armando Uribe Arce es un poeta de finas calidades. Hace versos sin recurrir a las sombrías metáforas. Su pensamiento es claro. Toda alhambra retórica habrá de ser levantada como resonancia. Las cuerdas de su laúd han vibrado armoniosamente. Su temática, las soluciones de sus poemas anuncian a un poeta con tienda aparte. Difícil sería hallarle parecido con otros poetas nacionales de la hora actual. ¡Que de su laúd se desgranen nuevos cantos de amor, originales vivencias, fugas de humor, reacciones frente a la vida que pasa, viñetas que son la traducción poética de estados emocionales!—V. M.



“EL ANZUELO DE DIOS”, de *Hugo Lindo*. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1956

Hugo Lindo, hasta hoy conocido especialmente como poeta y cuentista, acaba de realizar una faena de indiscutible trascendencia en la historia del género novelesco salvadoreño. Podría decir el crí-